

# O

EL ARTE DE CELEBRAR

## CELEBRAR EN TORNO A LOS SÍMBOLOS

PARA TI ES MI MÚSICA

## EL CANTO DEL "SANCTUS" Y SU SIGNIFICADO

EL ARTE DE ORAR

## SIMBOLOGÍA CORPORAL DEL ORANTE

LITURGIA Y PIEDAD

## LA DIMENSIÓN SIMBÓLICA DE LA PIEDAD POPULAR

AL SERVICIO DE LA ASAMBLEA

## LAS PERSONAS Y SU ACCIÓN EN EL MUNDO SIMBÓLICO DE LA LITURGIA



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

Coordinación arquidiocesana  
de vida litúrgica y oración

# REVISTA DE LITURGIA Y ORACIÓN

# MIOS

VIERNES 18 DE AGOSTO DE 2023



## "EL QUE TENGA OJOS, QUE VEA"

LA EUCARISTÍA COMO CONTEMPLACIÓN  
DEL MISTERIO DE DIOS Y DE LA IGLESIA

# CONTENIDO

PÁG.

3

EL ARTE DE

## CELEBRAR

CELEBRAR EN TORNO  
A LOS SIMBOLOS



PÁG.

5

PARA TI ES MI

## MUSICA

EL CANTO DEL  
"SANCTUS"  
Y SU SIGNIFICADO



PÁG.

7

EL ARTE DE

## ORAR

SIMBOLOGÍA CORPORAL  
DEL ORANTE

PÁG.

9

LITURGIA Y

## PIEDAD

LA DIMENSIÓN  
SIMBÓLICA DE LA  
PIEDAD POPULAR



PÁG.

11

AL SERVICIO DE LA

## ASAMBLEA

LAS PERSONAS Y SU  
ACCIÓN EN EL MUNDO  
SIMBÓLICO DE LA LITURGIA



PÁG.

13

AUTOR

## INVITADO

P. WILSON COBALEDA

"EL QUE TENGA OJOS, QUE VEA"

LA EUCARISTÍA COMO  
CONTEMPLACIÓN DEL MISTERIO  
DE DIOS Y DE LA IGLESIA

## CRÉDITOS

TEXTOS:  
Coordinación de vida litúrgica y oración  
Arquidiócesis de Bogotá

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN:  
Mary Jazmín Quitián Vanegas

FOTOGRAFÍA:  
Catholic.com / freepik.es

PARA QUE LOS SÍMBOLOS EN LA LITURGIA CUMPLAN SU FUNCIÓN ES NECESARIO QUE ÉSTOS INTEGREN DOS CONDICIONES QUE SE SITÚAN SIMULTÁNEAMENTE, TANTO EN EL PLANO DE LA EFICACIA COMO EN EL PLANO DE LA SIGNIFICATIVIDAD

# CELEBRAR EN TORNO A LOS SÍMBOLOS

La cuestión del símbolo en la liturgia es trascendental. El símbolo es una mediación a través de la cual lo sacro adquiere forma concreta en la realidad del creyente, como instrumento que facilita el encuentro entre el ámbito de lo divino y lo humano, y que constituye una forma de lenguaje común en torno al cual la comunidad cristiana celebra.

Para que los símbolos en la liturgia cumplan su función es necesario que éstos integren dos condiciones que se sitúan simultáneamente, tanto en el plano de la eficacia como en el plano de la significatividad, es decir, que a través del símbolo la gracia de Dios afecte positivamente la vida del cristiano procurando su santificación y que, por lo mismo, como instrumento de comunicación

sea “diciente” y pedagógicamente contribuya a la comprensión del misterio celebrado, disponiéndolo afectiva y espiritualmente a la recepción de la gracia. Precisamente *Sacrosanctum Concilium*, refiriéndose a los sacramentos en general, lo explica en los siguientes términos:

“Los sacramentos están ordenados a la santificación de los hombres, a la edificación del Cuerpo de Cristo y, en definitiva, a dar culto a Dios; pero, en cuanto signos, también tienen un fin pedagógico. No sólo suponen la fe, sino que, a la vez, la alimentan, la robustecen y la expresan por medio de palabras y de cosas; por esto se llaman sacramentos de la fe. Confieren ciertamente la gracia, pero también su celebración prepara perfectamente a los fieles para recibir fructuosamente la misma gracia, rendir el culto a Dios y practicar la caridad. Por consiguiente, es de suma importancia que los fieles comprendan fácilmente los signos sacramentales y reciban con la mayor frecuencia posible aquellos sacramentos que han sido instituidos para alimentar la vida cristiana” (S.C. 59).

**La compleja y muy rica estructuración de cada una de las celebraciones litúrgicas es enteramente simbólica**

---

Lo que hasta aquí resulta claro desde el punto de vista de la reflexión teológica, se visibiliza continuamente en la praxis celebrativa de la Iglesia. Nuestra liturgia está repleta de símbolos. Aunque pueda parecer una exageración, la compleja y muy rica estructuración de cada una de las celebraciones es enteramente simbólica. No es posible concebir una liturgia al margen del símbolo: cuando nos reunimos en torno al rito lo hacemos como respuesta a la necesidad de ser abrazados por la acción transformadora de Dios, y por ello todos los que tomamos parte en la liturgia tenemos responsabilidad sobre la manera como nos presentamos en torno al símbolo y cómo nos relacionamos con él.

Sobre esta responsabilidad en torno al símbolo ya nos referíamos de cierto modo en el número 5 de esta Revista cuando, a propósito de nuestra reflexión sobre *Desiderio Desideravi*, se proponía la relación entre simbolismo litúrgico y *Ars Celebrandi*, o en buen castellano, el arte de celebrar. Si estamos diciendo que todos somos responsables de lo que suceda con el símbolo, también es necesario comprender que todos aquellos que participan

en la liturgia tienen en sus manos la posibilidad de hacer de cada celebración una verdadera experiencia de fe. En este sentido se puede decir que lo que *Sacrosanctum Concilium* afirma del símbolo en cuanto a su significación y eficacia, *Desiderio Desideravi* lo lleva al plano de la práctica. La belleza, el cuidado, la preparación de nuestras celebraciones, es decir, el *Ars Celebrandi*, garantizará que la comprensión del símbolo sea cada vez más completa y, en consecuencia, produzca en los fieles los frutos de la gracia.

Solo queda esperar que cada uno de los que toman parte en las acciones litúrgicas asuman con esmero y entusiasmo esta tarea. Tan responsable es el presidente de la celebración como cada uno de los integrantes de la asamblea en el esfuerzo común de reivindicar la función y el significado del símbolo en la liturgia.

*John Álvaro*  
**JIMÉNEZ CARVAJAL,**  
*Pbro.*

**El *Ars Celebrandi* garantizará que la comprensión del símbolo sea cada vez más completa y, en consecuencia, produzca en los fieles los frutos de la gracia**



# EL CANTO DEL “SANCTUS” Y SU SIGNIFICADO

El “santo” (o trisagio = tres veces santo) pertenece a la plegaria eucarística de la Misa y es el canto conclusivo de su introducción, llamado prefacio. Se clasifica como una “aclamación” que es cantada por todo el pueblo junto con el sacerdote y con la cual la asamblea se une a las potestades celestiales (OGMR 79,b). Es considerado, con el conjunto de textos de la plegaria eucarística, como canto de primer grado (Instrucción *Musicam Sacram*, 29c).

## EL “SANTO” ES UNA ACLAMACIÓN CANTADA POR TODO EL PUEBLO JUNTO CON EL SACERDOTE

Su texto proviene de la Sagrada Escritura, que lo hace un himno particularmente sagrado y, junto con el salmo responsorial, uno de los cantos más antiguos de la Misa. Está conformado por un texto de Isaías (6, 3): “Santo, Santo, Santo es el Señor Dios del Universo. La tierra está llena de su gloria” y su paralelo



de Apocalipsis (4,8). Y, de otro lado, Mateo (21, 9): “Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna en las alturas”. Texto inspirado en uno de los salmos de oración y de alabanza (Salmo 117, 26): “Bendito el que viene en nombre del Señor. Los bendecimos desde la casa del Señor”.

La plegaria eucarística es centro y cumbre de la celebración (OGMR 78) e inicia con una alabanza y acción de gracias (prefacio), cuya conclusión es este canto que hace confesar a la asamblea la santidad de Dios. De este modo el pueblo de Dios dirige su alabanza al Dios Uno y Trino y confiesa cantando la suprema trascendencia e inasequible perfección de Dios.

El texto del “santo” describe la teofanía en la que el Profeta fue admitido a contemplar



la majestad de la Gloria de Dios para anunciarla al pueblo. “Y entonando este canto, la Iglesia confiesa también la gloria de Dios (*kabod*) que habita el misterio íntimo de su divinidad y, al mismo tiempo, se irradia sobre toda la creación.” (Juan Pablo II, Catequesis del 11 de diciembre de 1985).

La expresión “santo” corresponde a la palabra hebrea “*gados*” del Antiguo Testamento y “*hagios*” del Nuevo Testamento. Y en su significado más profundo contienen por un lado la idea de “separación” y, por otro, la idea de “luz”, es decir: “estar encendido, ser luminoso”. Por lo cual se comprueba que al cantar el “santo” la asamblea litúrgica confiesa paradójicamente, al mismo tiempo, la gloria de un Dios cercano y su inaccesibilidad.

En Isaías 57,15 se lee: “Porque así dice el Altísimo, cuya morada y cuyo nombre es santo: ‘Yo habito en un lugar elevado y santo, pero también con el contrito y humillado, para hacer revivir el espíritu de los humillados y reanimar los corazones contritos.’” (Ibid. Juan Pablo II, Catequesis...).

Con la sola palabra “santo”, la Iglesia hace una declaración fuerte y poderosa de alabanza del mismo modo que el texto completo del canto refiere una visión del Cielo y del final de los tiempos. Por ello, la Iglesia afirma que ante el texto del “santo” no vale una simple recitación, sino que exige el canto. Al mismo tiempo que lo venerable del texto impide radicalmente su sustitución por otro. “El canto del “santo” dentro de la plegaria eucarística tiene una función muy específica de alabanza aclamatoria al Padre, evocando nuestra sintonía con los ángeles y los santos: por eso permanece inalterable en todas las plegarias eucarísticas. Cambiar o parafrasear el texto supone casi siempre privar a la asamblea de esta intervención dentro de la plegaria solemne” (Los cantos del Ordinario de la Misa. Nota de la Comisión Episcopal Española de Liturgia, 14-09-1987).

*José Antonio  
ZAPATA NOLE,  
Pbro.*

# SIMBOLOGÍA CORPORAL DEL ORANTE

“La meditación cristiana de Oriente ha valorizado el simbolismo psicofísico, que a menudo falta en la oración de Occidente. Este simbolismo puede ir desde una determinada actitud corporal hasta las funciones vitales fundamentales, como la respiración o el latido cardiaco. En la oración el hombre entero debe entrar en relación con Dios y, por consiguiente, también su cuerpo debe adoptar la postura más propicia al recogimiento. Tal posición puede expresar simbólicamente la misma oración, variando según las culturas y la sensibilidad personal”. (Carta Meditación Cristiana Nos. 26-27).

El Señor Jesús, como Maestro, enseñó a sus discípulos a orar (al igual que Juan Bautista). Ambos conocían la simbología corporal de las prácticas orantes judías. La postración de Jesús en el huerto de los olivos, así como las

muchísimas veces que se le menciona sentado en el suelo, viene de esta rica herencia, y siempre en contacto con la creación. Entre ellas se pueden destacar:

1. La ‘Oración de pie’: se recita con los pies juntos. “...gustan de orar en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, muy erguidos de pie...” (Mt 6,5). Es una postura que simbólicamente emula a los ángeles.
2. ‘Meditación-Oración sentado’: “... la profetiza Débora... se sentaba bajo la palmera...” (Jue 4,4-5); “...María, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra.”

**LA POSTURA ORANTE  
PUEDE EXPRESAR  
SIMBÓLICAMENTE LA  
MISMA ORACIÓN**

El Señor Jesús, como Maestro, conocía la simbología de las prácticas orantes judías.



La postración de Jesús y verle sentado en el suelo, son prácticas orantes.



Sentado en el suelo simboliza el abandono de sí mismo y la escucha a la voz de Dios.



La postración es un simbólico reconocimiento de la presencia divina.



Extender las manos simboliza estar recibiendo influjo espiritual desde lo alto.



La postura de adoración exige armonización de respiración y tensiones corporales.

(Lc 10,39). Es una postura que simboliza el abandono de sí mismo y la escucha a la voz de Dios.

3. 'De rodillas y brazos extendidos': "...Salomón se arrodilló... Y extendió sus manos hacia el cielo..." (2Cro 6,13). Es una postura clásica en la Biblia, tal como lo hizo Moisés para vencer en la batalla contra Amelek. "Me postré de rodillas y extendí mis manos hacia el Señor, mi Dios" (Es 9,5). Toda postración es un reconocimiento a la presencia divina, y extender las manos alude simbólicamente al hecho de estar recibiendo influjo espiritual desde lo alto.

4. 'Elevación de las manos': "Jesús los sacó hasta cerca de Betania y, alzando sus manos, los bendijo." (Lc 24,50). La postura de manos alzadas desempeña un importante papel en la Bendición Sacerdotal de Israel, y significa la atracción de las bendiciones sobre otros, en el que los dedos simbolizan diez canales para recibir el influjo espiritual divino.

5. 'Postura profética': consiste en postrarse y colocar la cabeza entre

las rodillas con la frente en el suelo. "...Elías subía a la cima del monte Carmelo, y se encorvó hacia la tierra, con el rostro entre las rodillas" (1R 18, 42). Simbólicamente es la más relevante de todas, pues se usa para concentrar toda la atención en la comunión espiritual con Dios.

Esta última, es la misma postura de adoración, que exige una armonización de la respiración y tensiones corporales. Sin temor podemos asumir estas posturas en nuestra oración personal, de acuerdo a la propia sensibilidad y respetando sensibilidades ajenas. No existe una única postura de oración católica. Que nuestro cuerpo simbolice el encuentro con Dios unidos a la creación, como san Francisco de Asís.



**SIN TEMOR  
PODEMOS  
ASUMIR ESTAS  
POSTURAS EN  
NUESTRA  
ORACIÓN  
PERSONAL**

*Víctor Ricardo  
MORENO HOLGUÍN,  
Pbro.*



# LA DIMENSIÓN SIMBÓLICA DE LA PIEDAD POPULAR

Parece obvio hablar de la carga simbólica que tiene el ejercicio de la piedad, y más exactamente la piedad popular, como es tratada en la doctrina actual de la Iglesia.

Toda vez que el ser de Dios y su comprensión es el más grande de los misterios, el ser humano necesita un lenguaje no sólo para poder expresar lo comprendido de la autorrevelación de Dios en los signos de los tiempos, sino un lenguaje con el que se pueda tener la experiencia de "relación con Dios".

El lenguaje por excelencia de la relación con Dios en la Iglesia católica es la liturgia; sin embargo, en muchos ámbitos de la vida espiritual de los fieles y en diversos momentos de la historia de la Iglesia, han surgido expresiones que pretenden aunar el sentir sobre el misterio divino, sobre alguna realidad mística de la vida de los fieles en una experiencia distinta de la tradición secular, subrayar la importancia de alguna devoción tanto a Dios como de veneración singular a los santos, etc.

El símbolo como figura retórica permite expresar por medio de la relación de los significantes (red simbólica) el lenguaje con



EL LENGUAJE POR EXCELENCIA DE LA RELACIÓN CON DIOS EN LA IGLESIA CATÓLICA ES LA LITURGIA

el que se desea hacer el discurso que involucra el sentimiento sobre la realidad misteriosa y el alcance con el que se pretende vincular al misterio por medio de la ejecución de los signos de aquel símbolo.

Si bien la liturgia oficial de la Iglesia católica incluye todas las características antes descritas sobre el símbolo y lo eleva a la categoría de símbolo sacramental por la fe tradicional de la Iglesia en la que interviene la revelación divina, la piedad popular permanece fuera de la categoría de lo que se entiende por sacramental desde el Concilio de Trento, es decir, los signos por el que el cristiano recibe la gracia que significan (en este punto es conveniente recordar la expresión de Berengario de Tours: "forma visible de la gracia invisible").

Que las acciones de la piedad popular en la Iglesia no sean de categoría litúrgica tiene entonces varias consecuencias para la vida de la pastoral, aquí me permito describir dos:

1. No podríamos conceder a las acciones de la piedad popular un destino sacramental relativo a los siete sacramentos de la Iglesia como canales de la gracia santificante, sino como ejercicios de devoción que alimentan aquel estado de gracia que se ha recibido precisamente en los sacramentos ordinarios de la liturgia católica. Tales acciones de la piedad popular pueden ser oraciones devocionales particulares, novenarios, el santo rosario, etc., unos más queridos y conocidos que otros según la mentalidad y costumbres de las comunidades cristianas y que se apoyan en una serie de signos



comprendidos en el ámbito espiritual: un crucifijo, unas velas, una camándula, un libro espiritual, unos cantos, etc.

2. Las devociones de la piedad popular casi siempre impulsan a crecer en los actos de misericordia y a potenciar las virtudes cristianas; por lo tanto, como comunidades con responsabilidad pastoral, estamos llamados a revisar siempre y a potenciar aquellos actos y el contenido de estas singulares devociones en favor del crecimiento y maduración de la fe de los fieles.

*Nicolás  
GARZÓN REYES,  
Pbro.*

## LAS PERSONAS Y SU ACCIÓN EN EL MUNDO SIMBÓLICO DE LA LITURGIA

La liturgia de la Iglesia, como expresión, vivencia y actualización de los Misterios salvadores que Dios ha realizado en el pasado en favor del hombre, y que se condensan en el Misterio Pascual de su Hijo Jesucristo, tiene lenguaje y expresiones propias y es lo que solemos definir como el simbolismo litúrgico, compuesto por signos, gestos, posturas corporales, símbolos, acciones... y que contribuye a poner al hombre en comunión vital, en contacto real, con el misterio de la salvación realizado en Cristo. La liturgia es manifestación, epifanía, de la naturaleza de la Iglesia que es toda ella ministerialidad y sinodalidad, con miembros distintos pero armónicamente articulada y ensamblada, como el cuerpo de Cristo que es, como Pueblo de Dios en el que, sin tener todos el mismo grado de responsabilidad y de ejercicio en la misión eclesial, se saben familia y hermanos que caminan juntos, acompañados entre sí y por el Señor. La existencia en la Iglesia y en su liturgia de ministerios y funciones, además de los dones personales y carismas, es la esencia de la eclesiología de comunión, participación y misión que enarbola en estos días el Sínodo de la sinodalidad, pues recuerda y potencia la llamada a que todos los miembros de la Iglesia contribuyan, cada uno a su modo, a la edificación del cuerpo.

El universo del conjunto de signos que constituyen la acción celebrativa litúrgica

comunica realidades de un mundo interior y hace de ellos mediaciones para la expresión religiosa. Entendemos así, entonces, que la liturgia cristiana hace visible lo invisible, comunica la inmanencia del hombre con la trascendencia de Dios y eleva al plano del Misterio divino nuestra temporalidad y realidad humana y esto a través de los signos y símbolos que encontramos y vislumbramos en las actitudes corporales, los gestos y las acciones de los ministros y de los fieles, unas comunes y otras diferenciadas, la palabra y el canto, los elementos naturales que son materia de los sacramentos, los objetos, tiempos y lugares, pero también las personas, especialmente los que están al servicio de la asamblea.

Los creyentes que se reúnen y forman asamblea litúrgica, los que les reciben acogiendo con alegría y dedicación, los que proclaman la Palabra, los que intervienen en el canto o los niños que sirven



al altar, quienes ayudan a distribuir el alimento sagrado, los ministros ordenados, las muchas y diferenciadas personas que intervienen y participan en la celebración litúrgica, incluso los que tras telones realizan una tarea que favorece la celebración y su dignidad y buena realización, valga aquí recordar a los sacristanes, a quienes colaboran en el ornato y decoración y a otros muchos, son todos ellos mucho más de lo que podemos ver y contemplar. El ministro que proclama la Palabra no solamente lee textos escritos, sino que se hace instrumento de Dios que habla a su Pueblo, altavoz de una Palabra que es salvadora y que da vida; el ministro ordenado que, como cabeza preside la asamblea y actúa *in persona capiti Christi*, en persona de Cristo cabeza y permitiendo que sea Él mismo quien realice el sacramento y actualice su obra salvadora; y así los demás actores de la acción sagrada forman todos parte de esta realidad misteriosa y salvadora del simbolismo litúrgico.

Quienes se hacen presentes en lo que de alguna manera es el escenario litúrgico, están llamados a reconocerse y a presentarse también como una realidad simbólica que ayuda a quienes los ven a remitirse a realidades superiores, es decir, que las actitudes exteriores sean reflejo de lo interior y de lo invisible, de la fe en lo que se realiza y de las convicciones que sustentan y dan validez y hacen auténtica la intervención en la acción litúrgica, porque es fácil decir oraciones sin orar, presidir sin discernir lo que esto significa, leer textos bíblicos sin entender y sin que el corazón arda y vibre con la Palabra, distribuir la Sagrada comunión sin hacer el discernimiento debido del alimento santo que se distribuye y sin estar en verdadera comunión con Dios, la Iglesia y los demás, vivir ocupados en las cosas de Dios descuidando y manteniendo al margen al mismo Dios, y esto se nota.

*Néstor Fernando  
PEÑA RODRÍGUEZ,  
Pbro.*



**LA LITURGIA ES MANIFESTACIÓN,  
EPIFANÍA DE LA NATURALEZA DE LA  
IGLESIA QUE ES TODA ELLA  
MINISTERIALIDAD Y SINODALIDAD, CON  
MIEMBROS DISTINTOS, PERO  
ARMÓNICAMENTE ARTICULADA Y  
ENSAMBLADA, COMO EL CUERPO DE  
CRISTO QUE ES**

# “EL QUE TENGA OJOS, QUE VEA”

## LA EUCARISTÍA COMO CONTEMPLACIÓN DEL MISTERIO DE DIOS Y DE LA IGLESIA

Cada vez que tomamos parte en la Eucaristía se abre para nosotros todo un simbolismo litúrgico que nos lleva a contemplar el misterio divino que acontece en el altar. En los signos del pan y del vino consagrados sucede el misterio de la fe más grande al cual tenemos acceso desde nuestros sentidos: podemos verlo, contemplarlo, adorarlo y recibirlo como comida.

A través de palabras y oraciones, de gestos y posturas, del silencio y la aclamación, en asamblea litúrgica y en un lugar sagrado Dios se nos revela, por lo que es preciso potenciar más todavía la capacidad contemplativa para ver el misterio, como Juan el día del bautismo de Jesús, como los apóstoles Santiago, Pedro y Juan en el monte de la Transfiguración, como en la mesa de los discípulos de Emaús, como los apóstoles el día de la resurrección. Ver el misterio es la respuesta al Dios que se manifiesta en la Eucaristía.

La Eucaristía, por toda su dimensión simbólica, exige ‘ver’ aquello que la palabra y el Espíritu realizan, para contemplar el misterio de la fe que supera nuestros sentidos, aunque se vale de ellos. Así, por ejemplo, el sacerdote que preside la Eucaristía, en uno u otro momento, se dirige al Padre o al Hijo o a los fieles y, cada vez, su mirada debe corresponder con su receptor. Por eso, al dirigirse al Padre (p.ej. al recitar el Padrenuestro) eleva un poco su mirada al cielo, levanta el corazón, para hablarle a Él, motivo de la acción de gracias. Luego, al dirigirse al Hijo (p.ej. al decir: “Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles...”)

fija su mirada en el pan y en el vino consagrados. Y, finalmente, al dirigirse al pueblo (p.ej. al decir: "El Señor esté con ustedes") mira a la asamblea reunida, destinataria de sus palabras. En cada caso la mirada del sacerdote tiene un carácter afectivo, espiritual, relacional y delimitado que lo lleva a contemplar con los ojos a quien proclaman sus palabras. Mirar con los ojos de la fe se convierte, entonces, en una acción fundamental y necesaria a la hora de presidir la celebración, pues en ella - dijimos arriba- el misterio de Dios y de la Iglesia se revela, se hace visible, por lo que la mirada no puede estar perdida, dispersa y menos confundida. Nos falta, por tanto, hacer que la mirada del sacerdote coincida con lo que sus palabras proclaman.

Lo mismo sucede para los fieles, ya que contemplan el misterio eucarístico no solo con las palabras y por los signos, sino también con la mirada. De modo especial, la liturgia eucarística llama a los fieles a fijar su mirada en el misterio presente en el altar. Ocurre en muchos creyentes que, durante las palabras de la consagración y cuando el sacerdote presenta el pan y luego el vino consagrados, lo que hacen es bajar la mirada, cerrar los ojos, y lo que debieran hacer es todo lo contrario: el "Tomad y comed...Tomad y bebed todos de él" debiera ser correspondido con la mirada atenta y creyente de los fieles a quienes en ese momento Cristo se les revela como

pan de vida. Lo mismo debería suceder en la doxología ("por Cristo, con Él y en Él...") y en la fracción del pan ("Este es el Cordero de Dios...") y, fuera de la Misa, ante el sagrario.

El término 'contemplar' viene del latín *contemplari*, que significa mirar con atención para ser consciente de lo divino, salir de sí para dejarse empapar del misterio de Cristo expuesto en el silencio de lo sagrado, mirar con un tono afectivo y amistoso a Aquel que proclamó: "Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida" (Jn 6,55). El tenga ojos, que vea.

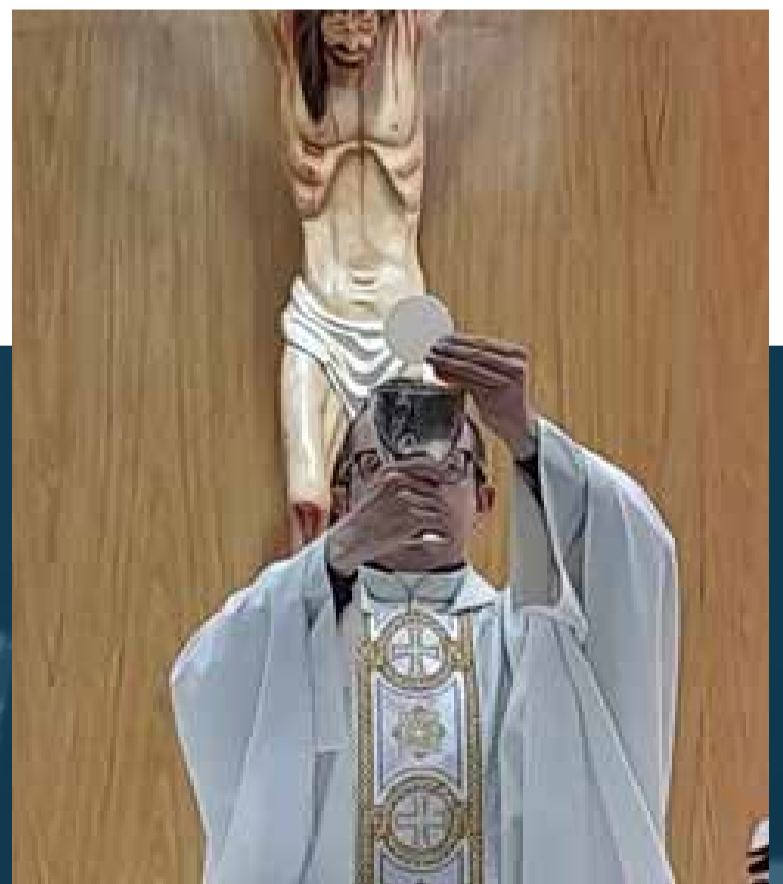
Algunos fieles, por alguna circunstancia, perdieron durante su vida el sentido de la vista o nacieron sin él. Sin embargo, la fe les ha permitido contemplar, desde lo profundo del corazón, el misterio revelado en el altar como luz que brilla en las tinieblas y disipa toda oscuridad.

*Wilson*  
**COBALEDA CÁRDENAS,**  
*Pbro.*

**LA EUCARISTÍA, POR TODA SU DIMENSIÓN SIMBÓLICA, EXIGE 'VER' AQUELLO QUE LA PALABRA Y EL ESPÍRITU REALIZAN.**



**QUE LA MIRADA DEL SACERDOTE COINCIDA CON LO QUE SUS PALABRAS PROCLAMAN.**





ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

*Coordinación arquidiocesana  
de vida litúrgica y oración*

## INTERACTÚA CON NOSOTROS POR MEDIO DE NUESTRAS REDES



[liturgiayoracion@arquibogota.org.co](mailto:liturgiayoracion@arquibogota.org.co)



<https://coordinacionvidaliturpicayoracion.arquibogota.org.co/>

Si deseas apoyarnos te invitamos a realizar una donación:  
Cuenta Corriente Banco Caja Social N° 21500303066 a nombre de la Arquidiócesis de Bogotá NIT.  
860.021.727-6 y enviar el soporte de la donación al correo electrónico arriba indicado. Muchas gracias.